Murcianos, ¿qué queréis que yo os diga? ¿Qué escribiría de Él, que pregón ni que quintilla, que soneto o que letrilla puede explicar su Pasión? ¿Para qué perder el tiempo? ¿Para que escribir más versos si basta con mirar sus manos y descubrir que en sus palmas, con su sangre taladrada, lleva mi nombre el Señor?

¡Tun tururún tururún clac, clac, clac!

La procesión de Jesús no comienza cuando el Pendón Mayor se coloca bajo el dintel de la iglesia privativa como frontera de tela remota y enroscada que separa a Murcia del minúsculo cosmos del interior, auténtico útero de la nazarenía murciana. No. ¿En el traslado a Las Agustinas o en su retorno, ya en plena ebullición de la Semana Santa? Tampoco. ¿En la convocatoria que, como en el resto de cofradías, son heraldos y pregoneros de calle del desfile? Definitivamente, no. Mi procesión comienza de madrugada. Aún tiembla la ciudad por el paso del cortejo del Retorno. Son las cuatro de la madrugada y, sin haber logrado distraer el insomnio por la emoción, me dirijo a casa de mis tíos Mari Botía y Rafa Pardo donde se me concede la merced de vestir mi túnica. Aquello es una locura, créanme. Mi querida tía también viste a mis dos primos, espléndidos cabos de andas de Los Azotes,

a mi tío y a mi prima, mayordomos, y a un entrañable amigo de la familia. Muy cerca de allí, en el hogar de mi otro tío, Ramón Botía, se repite el ceremonial.

Conmigo somos seis en el salón, ya de por sí cuajado de bolsas de caramelos, monas y huevos, estampas, varas y estantes, capuces, rosarios, las medias del tatarabuelo, la imprescindible caja de la costura, vasos de leche y bizcochos, la ventana abierta para ir comprobando que no hay nubes, la marcha pasionaria en la televisión, una prima pequeña bostezando en un sillón, mi tío ofreciendo consejos y avisos nazarenos, los mensajes repicando en todos los móviles, incluso en una ocasión había un señor que ya no sé si era pariente lejano o que pasaba por la puerta y creyó que se celebraba una fiesta... Y no se equivocaba, porque siempre lo es. Así empieza mi mañana morá más bella. Con la familia, la de mi sangre. Y concluye igual, con la familia, la gran familia nazarena, con la despedida de rigor a la puerta de Jesús. "¡Caballeros, hasta el año que viene!". Y nadie responde "si Dios quiere". ¿Cómo no iba a querer?

La procesión de Jesús, como he escrito alguna vez, traza sobre el plano de la ciudad el signo del infinito. Más que una mañana hermosa es un paréntesis en nuestra existencia. Pero, ¿qué es la existencia?

La vida es un pajarillo que, desde el frío de la oscuridad, irrumpe por una ventana en una habitación caldeada, revolotea unos segundos y vuelve a perderse en la tempestad y las tinieblas. Incógnito comienzo, incierto remate. Ese instante es apenas un relámpago de realidad y sustancia que cada Viernes Santo se concreta en las calles más nazarenas.

La vida es el amanecer en Jesús. A veces delicada y apetecible como el banquete de la Santa Cena, de belleza tan espléndida como aquella que adorna a la Dolorosa. En otras ocasiones, es retorcida y atroz, como el haz de espinos de mi Cristo de Los Azotes. Es plena en la juventud de San Juan y es imponente ante la presencia del abuelo, Nuestro Padre Jesús. Es frágil como el leve sueño del anciano San Pedro en la Oración en el Huerto. Y está siempre al socaire del viento de desvelos y preocupaciones tal que paño de Verónica. La vida puede teñirse de desesperanza en forma de aguacero

a las ocho de la mañana y vibrar de colorido en Las Flores. Y la vida, como la mía propia, a fin de cuentas siempre es morá, de Jesús, de los Salzillos, de la plaza San Agustín y del templo privativo. Cenáculo de señorío donde a María veneran por su belleza y tronío.

¡Dolorosa de Jesús, más murciana que ninguna!
Seis lágrimas surcan tu cara y anuncian la amanecida

Estante tú que la alzas en tan dichosa condena
Va prendiendo en tu memoria tan suave penitencia
Una cuenta de rosario a cada paso en la carrera
Y cada oración un recuerdo; cada recuerdo una pena
En cada pena un suspiro que embriaga nuestra existencia

En esos brazos tendidos amparas toda la huerta
Desde el rojo atardecer con su luz tenue e incierta
Sus azahares, las norias, el rumor de sus acequias
Las rosas que abrazan tu trono, espejo de tu belleza
Y el fulgor de los luceros que en tus ojos reverberan

¡Dolorosa de Jesús, más murciana que ninguna!
Seis lágrimas surcan tu cara y anuncian la amanecida
Y el sol enciende ese llanto de tanta pena cautiva

Eres estampa del cielo caminando por San Pedro
Mientras el sol acaricia la huertanía de tu pelo
Eres luz del paraíso cuando deslumbras Belluga
Y ni aún la catedral, con su gloriosa hermosura,
Ni el retablo de su piedra ni de la torre su altura
Consiguen eclipsar tu rostro, el talle de tu cintura,
Esas lágrimas que besan el rostro de la amargura

¡Dolorosa de Jesús, más murciana que ninguna!
Seis lágrimas surcan tu cara y anuncian la amanecida
La séptima en mi corazón te ofrezco, Madre, prendida

¿Qué es ser nazareno?

¿Qué es ser nazareno? Señor de la Misericordia, ¡te lo he preguntado tantas veces en las madrugadas de silencio cuando componía este pregón! ¿Somos el recuelo de una generación condenada al olvido? ¿El breviario trasnochado en un cajón de sacristía? ¿Un grupo variopinto de amantes del arte y la tradición? Tú pasabas, Cristo de San Miguel, inundando de pena la plaza de la Cruz y no me respondías. ¿Qué es ser cristiano?, insistía. ¿Vestir la túnica negra de capuz rojo encendido? ¿Qué es lo que hace al incienso, aroma; morera a la morera del estante, sentimiento al suspiro? ¿Qué convierte en sal la sal y dota de esencia a la esencia? Sé que guardabas silencio porque... ya habías entregado tu Espíritu. Pero la respuesta la descubrí una noche ante el Descendimiento que tallara mi querido amigo José Hernández Navarro. Lo supe al ver tu cuerpo vencido en manos de Nicodemo.

Ser nazareno es abrazar a Cristo como lo abraza Nicodemo. Ser cristiano es abrazar al Señor de San Esteban con una mano y con la otra aferrarse a su Cruz.

Con la valentía del joven estante al que la tarima de la vida se le clava como un aguijón. Con la humildad del Ángel Servita, consciente de que su belleza es eclipsada por Las Angustias. Con el orgullo que me invade al recordar a mi tío Ramón Torres y aún antes a mi bisabuelo, José Torres, en los Domingos de Ramos, comandar como cabo de andas esta Piedad envidia de aquella otra del Vaticano. Con la inocencia de los cinco angelotes servitas que antaño portaban los símbolos de la Pasión sobre el trono. Con la visibilidad de la Cruz Guión de los García-Villalba que antecede al Sepulcro. Con la belleza del calvario de claveles rojos del Cristo de Santa Clara. Con la paciencia de la Amargura, sentada ante la Cruz vacía. Con la debilidad de María Magdalena ante la tumba de Cristo. Con la melancolía del apuesto San Juan y, por encima de cualquier otra cosa, ser nazareno y cristiano es caminar como camina la Soledad de los Ayuso, con

pena unas veces, vibrante de alegría otras, pero siempre esperanzado.

Retornad a San Miguel
Al llegar el Viernes santo
Y allí, al pie del calvario
Os encontraréis con Él

Desciende su cuerpo yermo
De la Cruz de Santa Clara
Y el universo en su cara
Se tiñe de Santo Entierro
Una atmósfera de incienso
Va proclamando por Murcia
Que Cristo camina muerto

Cinco Dolorosas lloran
La muerte del que fue Maestro
Dejando en sus labios preso
Amor por quienes le imploran

Madre de Misericordia
Angustias de mi consuelo
María que clamas al cielo
Amargura en la Concordia
Y Soledad del firmamento

¿Habrá en el ancho universo
Corazón más nazareno?

¡Ay mi Piedad nazarena
¿Quién te infligió tal quebranto?
¿Quién provocó ese llanto
que enturbia tu tez morena?

Si quererte es ser cristiano,
Si amarte es ser nazareno
Y adorarte es amar mi tierra
Junto a tu trono, Angustias
Lo seré hasta que me muera

Como Dios manda

Yo no sé la de veces que durante la procesión me habré metido la mano en el buche para ofrecer un caramelo y, como los guantes anulan la sensibilidad del tacto, he terminado dándole a algún desconocido las llaves del coche, el paquete de tabaco y hasta, en una ocasión, la cartera. Con razón decían los abuelos que a las parroquias hay que ir como Dios manda. A saber: vistiendo la túnica aunque diluvie. Andando. Y puntual, a la salida.

La señora a la que le entregué la cartera, que recuperé de inmediato, se quedó boquiabierta. Era extranjera. Pero hay otros muchos murcianos que no se hubieran sorprendido. Porque el catálogo de obsequios ya roza lo increíble: pins, llaveros, figuritas, linternas diminutas, escudos, insignias, bombones, pendientes, bocadillos, pisa-corbatas... y un sartal de

obsequios. Así que se producen escenas como la que vivo, invariablemente, cada año:

Convento de Las Agustinas. Dos de la tarde. Los Azotes, a cincuenta metros de la entrada. Una abuela sentada en primera fila.

– "¡Nazarenico, nazarenico guapo, ¿Llevas monas?".
– "No, lo siento".
– "¿Ni huevos?".
– "No. Perdone".
– "¿Alguna pastilla, de esas con versos?".
– "Tampoco señora".
– "¿Ni una estampica graciosa? ¡Mira a ver, hombre!".
– "Pues mire, no".
– "¿Un pin, una figurica, un rosario, un algo?"
– "Que no, señora, no ve que estamos de recogida".

Y la señora, fingiendo indignación remata:

– "¡Hijo, qué roñosos estáis este año los nazarenos!"

Reconozco que nuestra Semana Santa, para ser murciana, requiere ese desorden medido, cierto caos

programado, esa algarabía armoniosa. Solo así los pasos andan como Dios manda. Solo así la huerta nos recuerda cada año que la Pasión según Murcia brotó entre sus bancales, creció en los murcianos que posaron como modelos para las tallas, en la exuberancia de flores para las tarimas y manjares que adornan las mesas de algunos pasos. No podría ser de otra manera. O sería otra cosa.

Por eso me atrevo a resumir el suministro básico de todo buen nazareno. "Nene, ¿qué te echas hogaño en el buche?", pregunta un padre. "Veinte bolsas de monas con huevo, caramelos sueltos, pastillas y algunas insignias para los más rozaos. Y si sobra un hueco, un puñao de habas".

Esa Niña Pura del Yacente

¿Deseáis murcianos comprender la esencia de la Semana Santa? Mirad al Yacente. ¿Queremos conocer su auténtico espíritu? Contemplemos al Yacente. Pues esa soberbia talla resume estos días de Pasión.

No nos engañemos. Que la belleza de la primavera no nos oculte la verdad. Que la hermosura de las procesiones no enmascare el auténtico mensaje. Digámoslo claro. Y que nuestro Obispo y Pastor, aquí presente, corrija a este Pregonero si miente. Ese cuerpo destrozado del Yacente evoca la estampa del fracaso, el retrato de un pobre desdichado al que apalearon, escupieron y denostaron, asesinaron. A muchos les daba asco mirarlo. Nació pobre, anduvo con enfermos y perturbados, no se contó entre los poderosos, no compartió el banco de los burlones, algunos familiares lo consideraban un demente

y hasta sus discípulos se durmieron en Getsemaní, se disputaban la primogenitura o huyeron al intuir el Calvario.

Así lo juzgó el mundo, como aún hoy lo sigue haciendo. De ahí ese empeño por esconder su imagen de hombre fracasado. ¿Y qué haremos? ¿Vestiremos la túnica, pero no la corona de espinas? ¿Cargaremos la tarima pero esquivaremos la Cruz?, ¿Asistiremos a disfrutar del paso de la procesión y olvidaremos hacia dónde se dirige el Nazareno? ¿Diremos con Pilatos, qué es la verdad? ¿Buscaremos al Señor de noche y a escondidas como Nicodemo?

La verdad no es de este mundo. Y la ilumina una sola conciencia: Que el Señor entregó su vida para vencer el mal. Hace dos milenios, hace dos segundos y siempre. No es una afirmación destinada al clero, que también, ni a aquellos que viven su fe en las cofradías o las parroquias, que también. Es un argumento universal que cualquiera puede someter a prueba. ¿No sentimos crepitar el corazón al paso de la imagen de nuestra devoción? ¿No sentimos arder nuestro corazón cuando nos habla el Señor?

¿No es Él el único que permanece a nuestro lado cuando todos nos vuelven la espalda? Yacente, mas no derrotado. Yacente, pero victorioso y consolado por una Virgen que mantiene en su carita la lozanía de los veinticinco años que celebra esta institución.

¡Ay muñidor del Yacente,
No ves que María llora
Al escuchar tu campana!

Luz en la Soledad que alumbras la madrugada
Para convertir en gozo la pena que en tu mirada
Es desolación amarga, suspiro que ya anhela el alba
Tú Hijo vence la muerte, Tú de la maldad me arrancas
Si Tú Hijo resucita, Tú eres senda hacia mi alma
Murmullo en la oscuridad, ramito de hierbabuena
Beso que sucede al perdón, el palpitar de una estrella
Rocío de luto hebreo, fragancia de primavera
Oración de Sábado eterno, coronada de pureza
Aurora para el Rosario y alba que enciende la huerta
Y desde San Juan patrona de la Murcia nazarena

¡Ay muñidor del Yacente,
No ves que María llora
Al escuchar tu campana!

Quisiera perderme por siempre en esa dulce mirada
Que tu amor sea luna clara, suspiro que anhela el alba
Compañía en mi Soledad, luz radiante en la mañana
Si tú quieres, si me llamas, si anhelas serenar mi llanto
Si puedo estrechar tu mano escucharé otras campanas
Aquellas que anuncian la Gloria iluminando tu cara

¡Ay muñidor del Yacente,
No ves que María llora
Al escuchar tu campana!

Al futuro, por Santa Eulalia

A la puerta de Santa Eulalia, cuando tuve el honor de pregonar que la Semana Santa concluía, lo anuncié tan alto que aún esta noche, cinco años después, retumba el eco de aquellas palabras en mi corazón. Las había distinguido fundidas en los escapularios que cuelgan a la espalda de los hermanos del Yacente apenas unas horas antes. "¡Cristo venció la muerte!".

En Santa Eulalia no solo resucita Cristo. La propia Semana Santa vuelve a regenerarse, a nacer y a prepararse para la vida como cualquiera de nuestros hijos en la víspera de la procesión. Son la simiente nazarena.

Miro tu túnica, hijo, tan diminuta y planchada. Parece la de un juguete, la de un nazareno de estampa. Aguarda en el aparador y tu estante,

pequeñico, reposa sobre la cama. Hoy te acostaste pronto, sin protestar, sin arañar un minuto con excusas y sin ganas. Hoy, antes de arroparte, me dijiste: "Papá, despiértame contigo, ¡no te vayas a olvidar!". Y dos lágrimas como tarimas me atravesaron la cara, al ver cómo sonreías mientras mi mano apretabas. Me pedías: "¡Acuéstate aquí, a mi lado, venga cuéntame un cuento, anda!" ¿Cómo podría negarme, hijo de mis entrañas? Y te hablé del Resucitado mientras detrás, en la espalda, me clavaba el rosario que el pequeño atesoraba. "¿El rosario del abuelo escondido aquí en la cama?". "Sí -respondió el inocente- es para asegurarme que mañana me levantas".

Este es Jesús, que Resucitado tras San Miguel y la Cruz Triunfante, nos ama siempre, tal y como somos, sin pedirnos siquiera que cambiemos, sin imponernos que abandonemos el mal para brindarnos su abrazo. Es este Jesús que seguirá amándonos aunque ni siquiera creamos en su existencia. Es este Jesús de la Aparición o el de Emaús que nos susurra cada día, en cada instante de nuestras vidas, que no tengamos miedo, que no

temamos salir a las calles a proclamar que existe otra forma de vivir y que el cristiano, después de atravesar las tinieblas, también resucita victorioso. Es este Jesús, el mismo que ante Tomás o en el Lago Tiberíades, el mismo que en la Ascensión va enseñando sus manos atravesadas al Padre cada vez que desfallecemos y le repite desde hace más de dos mil años: "Yo pagué por él, yo cargue con sus culpas, perdónalo".

Convenzámonos porque, cuando vayamos a darnos cuenta, veremos la puerta de Santa Eulalia de nuevo abierta y al Demonio encadenado por angelicos pero anunciando la dura penitencia que nos impondrá el tiempo. Y allí Don Carlos de Ayala dará el último golpe de estante a la Virgen Gloriosa como aldabonazo a la Semana Santa que acaba. Solo La Salud nos reservará, en su Hermandad de Gloria, como hermoso fleco de la Resurrección, a Santa María la Real de Gracia.

Concluyo como quizá debería haber empezado, anunciando que Cristo venció la muerte. Queridas hijas, María y Teresa, sé que la edad os

impide esta noche entender el significado de tan grande verdad. Pero guardad estas palabras en vuestro inocente corazón pues llegará el día en que os servirán de bálsamo y consuelo y comprenderéis que si el Señor llora es de alegría por regresar con nosotros cada primavera, cada amanecer. Y viene para quedarse, murcianos. Y viene para decirnos: "¡Ánimo, no tened miedo!". Por eso, cuando saquemos contraseña para el Santo Sepulcro de nuestra vida, cuando el Supremo celador nos expulse de la fila de este mundo y atemos la almohadilla a la tarima húmeda de Caronte, será nuestra única esperanza haber vivido en Murcia, primero, y segundo, ser nazarenos.

He dicho. Y me voy corriendo a llevar huevos a Las Claras.

MURCIA NAZARENA